

45. El espíritu de Víctor refuerza é inflama el valor de Tomás; de Tomás, el cual siempre obediente al Pontífice combate y muere á su vista, y en medio de la calma y de la Iglesia se convierte en mártir. El espíritu de Víctor inspira el estro divino de Santeuil, cuyas profanas inscripciones nos conservan los monumentos públicos, y cuyos himnos sagrados canta hoy la Iglesia. Santeuil, cuya ardiente imaginación supo hacer verdadera á la faz de todas las naciones la atrevida comparación del siglo de Augusto con el de Luis el Grande. El espíritu de Víctor guía y perfecciona la humildad y la penitencia de Gordano, el santo de nuestros días, el ángel de esta santa casa, y cuyas obras son al mismo tiempo el consuelo y la edificación de la Iglesia.

46. Así, pues, no solo en el siglo en que vivió derrotó Víctor á los enemigos de la Religión, sino que ha hecho á todos los siglos partícipes de sus victorias. Aun hoy hace triunfar también la Religión de la incredulidad, del mismo modo que en otros tiempos la hizo triunfar de la idolatría: *Exivit vincens ut vinceret*. En efecto, la incredulidad favorece las pasiones, y los discípulos de Víctor las combaten; la incredulidad va predicando la independencia, y los discípulos de Víctor practican la sumisión; la incredulidad se esfuerza en clamar contra las Órdenes religiosas, los discípulos de Víctor demuestran cuán útiles son las mencionadas Órdenes al mundo para edificarle, á la Iglesia para defenderla, y á los mismos incrédulos para confundir á la presunción con la paciencia, al orgullo con la humildad, la razón con la fe, el escándalo con el buen ejemplo. ¿Qué otra cosa mas queda por decirnos, hermanos míos? Así concluía san Cipriano en una solemnidad semejante á la que nos ha reunido aquí. ¿Os habré descrito acaso infructuosamente los combates y los triunfos del santo Mártir que reverenciáis? ¡Ah! en recompensa de mi celo solo deseo que camineis siguiendo las huellas del Héroe cristiano que elegisteis por protector, pues no sabría exhortaros lo bastante para que imitéis sus virtudes del mismo modo que honrais sus cenizas: *Beatissimum martyrem ut sectemini opto pariter et exhortor*. (Cyprian. epist. VIII).

47. No al apologista, no al conquistador del Evangelio, sino al Santo os propongo imitar, al Santo, cuyo ejemplo, cuya sangre, cuyas cenizas y cuyos discípulos os enseñan y demuestran cómo debéis conducirnos en el mundo si queréis reinar con aquel en la eternidad. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN JORGE, MÁRTIR.

Testimonium perhibuit veritati. (Joan. v, 33).

Dió testimonio á la verdad.

1. Los motivos de credibilidad de nuestra fe hacen indudables las verdades reveladas... ¿Cómo dudar, en efecto, de...? ¿Cómo dudar...? Además los Mártires son un testimonio bastante por sí solo para..., y san Jorge lo es de un modo singular...

2. Jorge ejecutó tales proezas y sufrió tales tormentos, que...

Reflexion única: Jorge es un héroe que dió un testimonio eterno é irrefragable de la verdad cristiana.

3. Estragos y horrores de la persecución de Diocleciano á fines del siglo III... Dios destinó entonces á nuestro Santo para que...

4. Patria, estirpe y profesión de Jorge... Siguió en la carrera militar las huellas de...

5. Proezas militares de Jorge... Pero Dios quería que Jorge fuese para el mundo un testimonio de verdad... Se presenta á Diocleciano... Valerosa peroración de Jorge ante aquel y el pérfido congreso de...

6. Sigue dicha peroración... ¡oh valor, oh intrepidez!... Furor de Diocleciano y de... Jorge rehúsa los ofrecimientos, desprecia las amenazas, y... Es encerrado en un oscuro calabozo... multiplicados y ferocísimos tormentos á que le sujetan...

7. El invencible Jorge no exhala ni siquiera un suspiro... Todo lo sufre cual manso corderillo... Apóstrofe á Diocleciano que se goza de... Un Ángel cura á Jorge y lo libra de las cadenas...

8. Símil... Jorge penetra en el templo de Apolo y se presenta á Diocleciano reprochándole... Se le presentan también dos tribunos convertidos... Jorge los anima á soportar... Diocleciano manda dar á Jorge un activo veneno, que no le hace daño... Le manda resucitar un muerto en testimonio de... Jorge lo resucita... Conver-

siones y manifestaciones á que esto dió lugar... Horrible carnicería... Diocleciano manda á Jorge que adore á Apolo... Palabras de Jorge al ídolo... Óyese un horroroso trueno, cae el ídolo... Diocleciano manda degollar á Jorge...

9. Jorge tuvo la gloria de ver morir consigo á la misma emperatriz convertida...

10. Goza ahora, ó gloriosísimo Mártir, en premio de... Nosotros entre tanto te rogamos... Vivimos en unos tiempos tan calamitosos, que...

11. Continúa la *deprecacion*: Tú, pues, que acoges benignamente nuestro...

SERMON

DE

SAN JORGE, MÁRTIR.

Testimonium perhibuit veritati. (Joan. v, 33).
Dió testimonio á la verdad.

1. Bendecida sea siempre aquella santísima cuanto soberana providencia que presenta tantos y tales motivos y argumentos para la creencia de las cosas divinas reveladas, que necesario seria forzar la inteligencia ó no tener juicio ni percepcion para admitir la menor duda sobre ellas. Y ¿cómo poder dudar de una fe tan santa en sus dogmas, tan recta en sus leyes, tan razonable en su culto; anunciada desde la fundacion del mundo con tanta seguridad, profetizada desde tan remotos siglos y confirmada por tantos milagros? ¿Cómo poder dudar de nuestra fe cuando la vemos acrecentada y extendida por tantos pueblos y naciones, sin el apoyo de las riquezas, sin el favor de los potentados, sin el auxilio de los ejércitos, venciendo sola y destruyendo los errores, aniquilando la perfidia y la impiedad, y sola tambien levantando sobre las ruinas del gentilismo el santo nombre y las glorias de Jesucristo Dios y Hombre verdadero? Los innumerables héroes que derramaron y derraman aun de sus generosos pechos la preciosa sangre, teniéndose por muy dichosos de morir bárbaramente martirizados por la fe, ¿no son acaso otros tantos testimonios bastantes por sí solos para demostrar la verdad de nuestra sacrosanta y católica Religion? Sí; lo son ciertamente, como tambien lo es de un modo muy singular el gloriosísimo mártir san Jorge, del cual debo hablaros hoy, amados oyentes.

2. Escogido nuestro Santo por Dios para sostener su santísima fe contra los tiranos, que furibundos trabajaban recrudeciéndose para destruirla y aniquilarla, ejecutó tales proezas y sufrió tales tormentos, que lo elevan indudablemente tanto sobre los hechos y las fuerzas humanas, que al recorrer su vida, narrándoos su glo-

riosa memoria, será lo mismo que presentaros en san Jorge á un héroe bien digno de ser propuesto con mi tema divino, como un testimonio eterno é irrefragable de la verdad cristiana: *Testimonium perhibuit veritati*. En cuyo arduo y para mí difícilísimo empeño pido á aquel que me dispense su benigna asistencia, y á vosotros, amados oyentes, que me presteis vuestra atención: *Ave María*.

Reflexion única: Jorge es un héroe que dió un testimonio eterno é irrefragable de la verdad cristiana.

3. Considerando el lastimoso estado en que se hallaba la Iglesia á fines del siglo III, cuando estaba en toda su mayor fuerza la persecucion de los cristianos, dirigida por el impío y cruelísimo Diocleciano, se comprenderá fácilmente que los fieles se veian rodeados de escenas de luto, de desolacion y exterminio. Aborrecidos los fieles en todas partes, sus enemigos estaban sedientos de su sangre, y de esta se veian empapados los anfiteatros, teñidas las espadas de los verdugos, y las garras y bocas de las fieras, no menos que manchados los túmulos, los ecúleos, las piedras, los precipicios... ¡qué horror! ¡qué ferocidad! ¡qué encarnizamiento! Vió el soberano Señor del universo desde el cielo que habia llegado ya á tal punto la desenfrenada persecucion de los cristianos, que bastaba solo declararse tal para abrirse el camino al mas desapiadado martirio, y entonces fue cuando mandó á nuestro santo Mártir para que intrépido y valiente hiciese triunfar la fe allí donde mas furiosa y cruel recrudecía la barbarie.

4. Descendiente Jorge de una noble familia de Capadocia, y educado (á pesar de lo desastroso de los tiempos) en el Cristianismo, demostró desde sus mas tiernos años suma aficion á las armas, á cuya carrera se dedicó, pero sin dejar de observar en el cumplimiento de los deberes de su profesion ninguna de aquellas virtudes de la escuela de Jesucristo en que fue piadosamente iniciado. El ejemplo de su padre que peleando valientemente al servicio del imperio coronó su vida militar con una gloriosa muerte, el esplendor de su nacimiento, la robustez de su cuerpo, su índole magnánima, su esmerada educacion, y por último dotado de todas las buenas cualidades que se requieren para ser un cumplido caballero; eran estímulos todos que le impulsaban irresistiblemente hácia la carrera de las armas. Mientras esperaba poder ceñir el cingulo de

mando para dirigir ó mandar una centuria ecuestre, se ofreció á dar pruebas de su bravura alistándose bajo las águilas romanas, siguiendo de este modo las huellas de sus preclaros abuelos.

5. Prometiése no ya Roma sino el imperio todo tener un invicto capitán en Jorge, pues entre varias pruebas que dió de su valor fue notable la que llevó á cabo en la ciudad de Benitó, en Oriente, en la cual asaltó solo y dió muerte á un descomunal y monstruoso dragon que se alimentaba únicamente de sangre humana. Pero Dios, que no queria que nuestro Santo se ornase de terrenales laureles, sino con los de vida eterna, y que habia resuelto en sus inescrutables decretos que Jorge fuese para el mundo un testimonio de verdad cristiana, hace que este se presente á Diocleciano, á la sazón en que este bárbaro emperador hacia venir á Roma á todos los jefes de sus milicias, á los prefectos de las provincias, y á los senadores, para que reunidos todos y en su presencia acordaran los medios de destruir completamente á los cristianos, pues, por culpa de estos, decia el tirano que el oráculo de Apolo no daba sus acostumbradas respuestas. ¡Oh qué terrible peligro! amados oyentes, ¡oh qué tremendo trance! ¿Quién tendrá valor para contradecir á un tirano tan poderoso? ¿Quién sino Jorge, que en aquel pérfido congreso es el único y fiel defensor de la doctrina de Jesucristo? Hélo, pues, que efectivamente se adelanta, y alzando la voz con todo el fuego y ardor que le abrasaban, exclama: ¿Hasta dónde os conducirá vuestro ciego furor, romanos? ¿De qué delitos considerais culpables á los cristianos para merecer su total exterminio? ¡con qué, los adúlteros, los ladrones y los asesinos permanecen impunes, mientras los cristianos, que son castos, justos, y pacíficos son condenados á muerte! César, no merece el impostor oráculo de Apolo tan execrable venganza...

6. Los cristianos adoran á un Dios ante el cual enmudecen todos los infames ídolos de la tierra... ¡Ay de tí! ¡ay del imperio todo, si este Dios que ha castigado á los Holofernes, los Faraones y los Baltasares empezara á vengar las injusticias que se cometen contra su pueblo! Mirame, Diocleciano, yo depongo á tus plantas los honores de que me colmaste, renuncio á las grandezas que me prometiste, y perderé contento mil veces la vida antes que dejar de ser y aparecer cristiano. ¡Oh valor, oh intrepidez! No tanto impelida por furiosos vientos se conmueve y agita la mar, como por el franco y resuelto hablar de Jorge se enfurece y exaspera el tirano, y con él toda aquella furibunda y desenfrenada asamblea. No obstan-

te, unos intentan rendirle con razones, otros halagáble con promesas, y otros por último queriéndolo aterrar con amenazas. Pero Jorge con modos y palabras dignas de sí mismo los confunde, y demostrando la locura y vanidad de los bienes terrenales rehusa los ofrecimientos, desprecia las amenazas, y desafia por último á los bárbaros á que prueben con los tormentos la verdad de su fe. Bien pronto verá nuestro Santo realizados sus magnánimos deseos, pues ya se le preparaban tales y tan desapiadados tormentos, que falta el valor para recordarlos, como palabras para describirlos: encerrarlo en un oscuro calabozo entre grillos y cadenas, sin alimento, sin agua, con una enorme piedra sobre el pecho que lastimándole el enlace de las costillas le ahogase la respiracion, azotarle y maltratarle con horribles golpes, y deshacerle el rostro á pedradas, arrojarle luego en un horno de cal hirviendo, obligándole á permanecer en él por tres dias consecutivos, hacerle correr despues de introducirle en las plantas de los piés multitud de clavos, ligarlo fuertemente á una rueda armada de agudas púas, y rodarlo, en fin, sobre unas mesas tambien erizadas de punzantes cuchillos... estos (sin enumerar otros infinitos) son los ferocísimos tormentos con que creyó la barbarie cansar la invencible fortaleza del santo Mártir.

7. Ya puede la inhumanidad y la barbarie probar é inventar especies de tormentos á cual mas crueles, añada suplicio á suplicio, encuentre procedimientos cruellísimos, aplíquelos al Santo, añada á las llagas y heridas la mofa y el escarnio, las ignominias y vituperios... no logrará arrancar al Héroe ni un lamento, ni un ay, ni siquiera un ligerísimo suspiro! Y ¿quién lo puede dudar, amados oyentes? El noble Atleta conservando siempre inalterable su razon, no menos que firme é inmóvil su fortaleza, ó no hacia caso de los tormentos, ó no los sentia, y si los sentia, los sostuvo todos para gloria de su Dios con aquella paz y aquella humildad con que se deja degollar un manso corderillo. Empero ¡ay de mí! que en medio de tantos dolores cierra el Santo sus párpados, ya moribundo, y no da señales de vida, y el inhumano Diocleciano se vuelve contento disponiéndose á inmolar á su venerado Apolo un sacrificio. Goza, sí, goza, desapiadado, de un espectáculo digno de tu barbarie, pero no te envanezcas, no, ni te felicites de haber triunfado un solo instante... Jorge no ha muerto todavía, Jorge no ha muerto, porque Jesucristo no abandona jamás al que en él confia. Hé aquí que un Ángel desciende del cielo y cura las heridas de

nuestro Santo, y cicatrizándole todas las llagas, le libra tambien de las cadenas, para que la fe cristiana tenga un testimonio infalible de su verdad manifestándose de un modo tan auténtico el poder divino.

8. Cual valiente y noble leon que despues de curado de las heridas recibidas en un sangriento combate, se vuelve al bosque á provocar á nuevo combate, ya sea al terrible oso, ó al sangriento tigre; así tambien nuestro Campeon, despues de alcanzada tan magnífica palma, busca á Diocleciano por todas partes, penetrando hasta en el templo de Apolo para encontrarlo... Diocleciano cree al pronto que su vista le engaña, pero al oír la voz del Santo que le habla contra la impostura de los dioses y que con increíble ardor ensalza la divinidad de Jesucristo, se convence que es el mismo Jorge el que tiene delante. Se enfurece el tirano al ver semejante espectáculo, y se enciende mas y mas su ira, cuando en aquel momento se le presentan dos tribunos, que convertidos al Cristianismo por el potente milagro de Jorge, confiesan á su presencia el santo nombre de Jesucristo, declarando que están prontos á sufrir toda clase de martirios y aun la muerte misma para la mayor gloria del Dios de Jorge. ¡Oh generosos héroes, exclamó Jorge, manteneos firmes y constantes en la fe de Jesucristo, que este premiará con inmortales recompensas vuestros combates, coronándoos con la victoria! Soportad las persecuciones del mismo modo que la ira y las amenazas de los impíos, porque soportándolas, será vuestro el reino de los cielos. En recompensa de un pequeño y breve trabajo obtendréis una gloria inmensa é imperecedera. ¡Cuán hermoso es cambiar esta frágil y corta vida por aquella gloria que durará por los siglos de los siglos! Con tales razones robustece Jorge el valor y la intrepidez de aquellos nuevos convertidos, cuando el furibundo Emperador, para deshacerse de una vez de tan poderoso enemigo, mandó que se le diese á beber un activo veneno, el cual bebió Jorge efectivamente, apurando la copa, pero sin causarle mal alguno. ¿Qué hará ahora el feroz tirano, viendo que por ningun medio puede lograr su inícuca intencion? ¿Os acordais, oyentes míos, de aquellos que, segun san Mateo, querian obligar al Redentor á que hiciese milagros para que les confirmara los hechos visibles, y las verdades de su divina doctrina? pues de una manera análoga, cediendo Diocleciano á las insinuaciones de un mágico, obligó á Jorge á que para dar una prueba irrecusable de la verdad de su fe, resucitase á un muerto. ¡Omnipotente Dios! ¿será posible que esta sea

la primera vez que llegue á triunfar la incredulidad, y que vuestro santo y adorable nombre quede para burla y mofa de la perfidia de los hombres?... No, nunca, amados oyentes, pues ya veo á Jorge que se acerca á una cueva en la cual yacia mucho tiempo sepultado un difunto, y le oigo con sonora voz é imperioso acento gritar, como hizo Cristo en el sepulcro de Lázaro: Sal de ese sepulcro, quien quiera que tú seas, y en nombre del verdadero Dios, á quien adoro, levántate. ¡Oh maravilla! ¡oh portento! Hé aquí vuelto á la vida aquel ya descarnado cadáver, y echarse á los piés de su libertador, y hé aquí tambien al mágico que, despertando de sus errores, confiesa arrepentido, al mismo tiempo que el resucitado, la fe de Jesucristo. Entonces la multitud del pueblo que observaba los portentos que obraba el poder del Dios que Jorge predicaba, levantó la voz gritando en masa: ¡Viva el Dios de Jorge! ¡viva Jesucristo! ¡viva su santísima fe! ¿Qué piensa entonces Diocleciano? ¿qué hace, qué resuelve? Manda que todos cuantos entonaban cánticos de alabanza al Dios de Jorge fuesen degollados inmediatamente. En efecto acuden todos, iluminados por un supremo rayo de divina gracia, y llenos de fe y caridad marchan presurosos y alegres á alcanzar la palma del martirio. Pero ¿qué nuevo espectáculo se ofrece á nuestra vista, amados oyentes? El César quiere que Jorge doble la rodilla ante el ídolo de Apolo, y que así lo adore, y ¿Jorge?... Jorge, confiando siempre en Dios, se presenta en aquel asqueroso y abominable tabernáculo, y con heróico valor dice al ídolo: ¿Eres tú acaso Dios para pretender que te adoren los hombres? ¡Oh estupor!... tiembla terriblemente á tal pregunta el simulacro, y el enemigo demonio que hablaba por él frecuentemente, responde: No soy Dios, pero sí un espíritu rebelde que á Dios hace constante guerra. Pero si no eres Dios, replicó Jorge, ¿por qué, cruel engañador del género humano, intentas resistirme, cuando soy el fiel servidor del solo y verdadero Dios, del cual defendiendo hoy su honor y su santo nombre? De este modo hablaba Jorge, cuando de repente se oye retumbar un horroroso trueno, el cual hace temblar aquel inmundo templo, derribando y destruyendo en mil pedazos el asqueroso ídolo, y obligando á huir al demonio no menos que al pueblo allí reunido con los sacerdotes de la impostura, los cuales aterrados y despavoridos abandonaban aquel despreciable templo. Pero aun cuando el pueblo y los sacerdotes temblaban, Diocleciano no tembló, antes al contrario; lleno de furor y rabia manda que Jorge sea en aquel mismo lugar degollado.

9. Consuélate, pues; ó invicto Héroe, porque está ya completo el número de tus victorias, y cercano el momento en que recibirás tu tan inmarcesible como merecida corona. Ni tampoco morirás tú solo; pues tambien la prudente y sábia emperatriz Alejandra quiere ser tu compañera en el glorioso tránsito. En efecto, héla aquí reprochando á su inhumano marido con heróica franqueza y resolucion su crueldad y tiranía, y desafiando con igual valor á la muerte, inclina su noble cabeza bajo el hacha del verdugo. Sintió Jorge en el alma aquel feroz y desapiadado golpe que separara del tronco la cabeza de tan ilustre matrona, hasta el punto que derramó lágrimas de ternura, de gozo y de compasion. Separada á su vez del sagrado tronco de Jorge su veneranda cabeza, voló su pura alma á unirse eternamente con el Señor.

10. Goza ahora, ó gloriosísimo Mártir, en premio de tus magníficas victorias los eternos triunfos, allá donde el justo remunerador de mayores goces corona y santifica á aquellos que en la tierra atestiguaron con su sangre las verdades de la fe. Nosotros mientras tanto vueltos á tí, ó ilustre Atleta de Jesucristo, humildemente te rogamos impetres la divina gracia para que podamos conservar viva y constante en nuestros corazones aquella fe por la cual tantas y tan grandes cosas obraste en la tierra. Vivimos nosotros, bien lo veis, ilustre Mártir, en tiempos tan calamitosos y corrompidos, que sin un especial favor y ayuda del cielo, seria temible que los espíritus mas fuertes cediesen á los débiles.

11. Tú, pues, que acoges, como así me gozo de creerlo, benignamente nuestro humilde obsequio y nuestro fervoroso culto, obten para nosotros aquella fortaleza, aquella constancia que nos es tan necesaria para que cada día sea mas grande y mas extendida la fe, la caridad y el honor y gloria del nombre cristiano. Amen.